



EL TESORO DE LAS LENGVAS





EL
TESORO
DE LAS
LENGVAS



Biblioteca Nacional Mariano Moreno

El tesoro de las lenguas / Guillermo David. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Biblioteca Nacional, 2022.

72 p. ; 21,5 x 16,5 cm.

ISBN 978-987-728-154-5

1. Lenguas Originarias Argentinas. 2. Documentación. I. Título.
CDD 498

© 2022, Biblioteca Nacional Mariano Moreno
Agüero 2502 (C1425EID) CABA
www.bn.gob.ar

ISBN 978-987-728-154-5

Impreso en Argentina
Hecho el depósito que marca la ley 11.723



EL
TESORO
DE LAS
LENGVAS



Octubre - Diciembre 2022



La Biblioteca Nacional alberga la memoria textual de la nación. El vasto acervo lingüístico de quienes poblaron y hoy habitan el territorio constituye un patrimonio de singular relevancia para la reconstitución y fortalecimiento del tejido social, en la medida en que provee el sustrato básico que faculta la asunción de la pluralidad cultural que conforma la Argentina.

Las múltiples lenguas y dialectos que sustentan identidades diferentes, tanto en su evolución histórica como en la actualidad de su frágil existencia, registradas en diversos soportes —libros, publicaciones periódicas, documentos, audios— permiten asomarnos al núcleo de la diversidad basal del país. A través de estos ejemplos proponemos una revisita a los fondos bibliográficos en aras de la búsqueda de reconocimiento de la diversidad que nos sustenta.

Guillermo David

Biblioteca Nacional Mariano Moreno



LENGVAS INDÍGENAS EN ARGENTINA



Obras del Tesoro
Biblioteca Nacional Mariano Moreno



as lenguas juegan un rol crucial en la vida cotidiana de todos los pueblos, con complejas implicancias en términos de identidad, diversidad cultural, integración social, comunicación, educación y desarrollo. A través de las lenguas, las personas participan no solo de su historia, sus tradiciones, su memoria, sus modos de pensar, sus significaciones y sus expresiones únicas, y también, lo que es más importante, construyen su porvenir. Las lenguas son esenciales para la protección de los derechos humanos, la consolidación de la paz y el desarrollo sustentable, asegurando la diversidad cultural y el diálogo intercultural. Sin embargo, pese a su inmenso valor, lenguas del mundo entero continúan desapareciendo a un ritmo alarmante por causa de diversos factores. Muchas de ellas son autóctonas. En efecto, las lenguas autóctonas representan un factor importante a tener en cuenta en el gran concierto de problemáticas vinculadas a la cuestión de la autoctonía, notoriamente respecto de la educación, del desarrollo científico y tecnológico, de la biosfera y el entorno, de la libertad de expresión, del empleo y la inclusión social.

En respuesta a esta amenaza, la Asamblea General de las Naciones Unidas ha adoptado una resolución (A/71/178) sobre los derechos de los pueblos autóctonos, proclamando 2019 Año Internacional de las Lenguas Autóctonas.

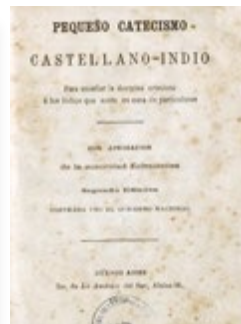




La Argentina es una nación pluriétnica en la que conviven múltiples lenguas, tanto autóctonas como producidas por los flujos migratorios. Junto al castellano oficial dominante, en el actual territorio nacional existieron y existen lenguas habladas por colectivos sociales diversos, entre los que se destacan los pueblos originarios, que bajo condiciones en general adversas aún sostienen el uso de sus lenguas con distintos grados de vitalidad. Minorizadas, amenazadas por la presión lingüística del castellano y la pérdida paulatina del uso familiar, las lenguas que permanecen activas, así como los restos de las que ya se han extinguido, invitan a reflexionar sobre la presencia de los olvidados de nuestra cultura nacional: aquellos que San Martín llamara “nuestros paisanos, los indios”.

A lo largo de los siglos, viajeros, misioneros católicos y protestantes (jesuitas, dominicos, franciscanos y salesianos; anglicanos, presbiterianos, bautistas y pentecostales), así como militares, historiadores, etnógrafos, cartógrafos y lingüistas produjeron todo tipo de textos sobre las lenguas indígenas. Ya sea para su registro, preservación o asimilación misional, o como

Joseph Bernal, *Catecismo de doctrina cristiana en guaraní y castellano para el uso de los curas*, Buenos Aires, Real Imprenta de los Niños Expósitos, 1800. Sala del Tesoro, Biblioteca Nacional Mariano Moreno (BNMM)



Pequeño catecismo castellano-indio, Buenos Aires, Imprenta de La América del Sur, 1879. Sala del Tesoro, BNMM.

CATECISMO.

179

bo , mbohapi yebĩ
Jesus mômbeu ucã-
bo ichupé.

cias , gane alguna
Indulgencia, hacién-
dole decir tres ve-
ces Jesus.



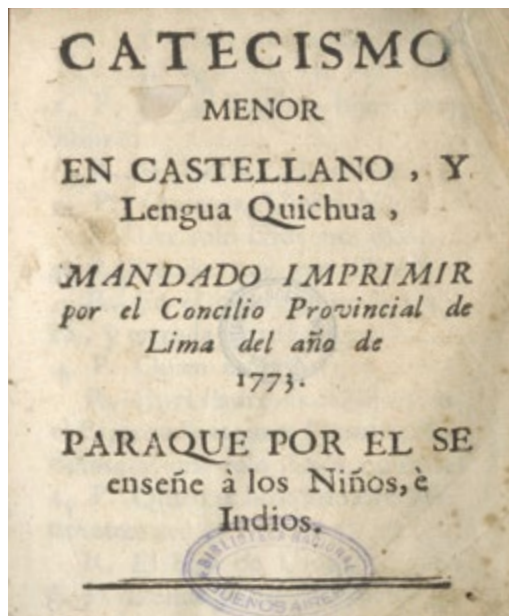
*Por Bula de Paulo III. se
concede à los Indios de este Nue-
vo Orbe , que se puedan casar
dentro de tercero y quarto grado
de consanguinidad. ex Concil.
Limens. II. Ses. 3. Cap. 69. &
ex Manual. Mexic. Fol. 34.*

O. S. C. S. C. R. E.



rescate en vísperas de su desaparición —que no pocas veces fue acompañada por el exterminio de sus hablantes—, un vastísimo corpus compuesto de léxicos, catecismos, biblias, calepinos, gramáticas, diccionarios, así como traducciones y mapas, constituye un acervo documental imprescindible para interrogar tanto las lenguas que hablamos como nuestra relación con los sujetos que las sustentan.

Es que, efectivamente, hubo conquista. Y hubo colonización. Guerras, desplazamientos humanos, disputas territoriales, mestizaje, genocidios, imposiciones y transformaciones culturales y ecológicas marcaron diversos destinos para las lenguas que hablaban los pueblos nativos a la llegada del mundo europeo que



Catecismo menor en castellano y lengua quichua. Concilio Provincial de Lima, 1777. Sala del Tesoro, BNMM.



Mapa de Bernardo de Havestadt, dentro de su obra *Chilidúgu*; primer mapa de Neuquén confeccionado por alguien que realmente estuvo en el territorio. Sala del Tesoro, BNMM.

acabó por imponer su hegemonía en el que sería el actual territorio nacional. Algunas desaparecieron junto a sus hablantes, otras quedaron reducidas a lenguas vernáculos, acotadas a espacios limitados, a veces solo familiares, otras apenas sobreviven en la memoria deshilachada de algunos ancianos. En no pocos casos dejaron sus rastros en la toponimia, la botánica o la zoología, así como en los mitos y relatos étnicos que alimentan nuestro folclore. Pero también han permeado el español usual en el país.

Una gran cantidad de palabras indígenas, presentes en el habla argentina, muestran el diálogo no siempre percibido con las culturas preexistentes. Cuando pronunciamos los nombres de lugares como Chaco, Neuquén, Paraná, Chivilcoy, Catamarca, Toay o Ascochinga, no solemos advertir que las culturas indígenas que habitaron esos sitios indicaban en sus lenguas un lugar de cacería, el nombre de un clan, un suceso memorable o un espacio sagrado. Mucho menos cuando nombramos objetos de la vida cotidiana cuyo origen indígena solemos ignorar por estar ya incorporados y naturalizados en nuestro léxico. Palabras como poncho, cancha, quinchito, totora, rancho, puma, pampa, poroto, palta, tucu-tucu, piquillín, pilcha, ojota, ñato, marlo, lapacho, vicuña, jején, guanaco, humita, guallicho, guasca, guacho, chicote, yuca, chirlo, chasque, chusma, chinchulines, yapa, chala, charango, chiro-la, chaucha, coca, changa, chapalear, carpa, cóndor,



Grabado incluido en la *Historica relación del Reyno de Chile, y de las misiones, y ministerios que exercita en la Compañía de Iesus*, del padre jesuita Alonso de Ovalle (1648). Sala del Tesoro, BNMM.



caracú, camalote, cococho, aguaribay, coyuyo, bagre, carancho, adobe y un sinnúmero de otras de uso a veces regional, a veces universalizado —presentes en otras lenguas como el portugués— nos recuerdan que las lenguas encuentran modos eficaces de sobrevivir.

Pero una lengua vive en sus hablantes. Pese a que no todas las etnias existentes en la actualidad en el territorio argentino preservaron su lengua originaria como vehículo de comunicación, no pocas mantienen cierta capacidad lingüística con diversos grados de vitalidad.

Según los lingüistas, permanecen activas quince lenguas indígenas: ava-guaraní, aymara, chané, chorote, chulupí, guaraní, mapudungun, mbyá guaraní, mocoví, pilagá, qom (toba), quechua, tapiete, vilela y wichí, con distinto grado de vigor y geográficamente distribuidas de manera desigual. En el Gran Chaco argentino se encuentra la mayor concentración de pueblos indígenas del país; nueve son las lenguas activas en la región.

El quechua proveniente del incario existe en la Argentina bajo la forma dialectal del quichua santiagueño y del quechua hablado por los habitantes del NOA y los migrantes de países como Bolivia y Perú. Lo mismo sucede con el guaraní, que admite sus variantes paraguayas inmigratorias —el yopará estatizado—, sobre todo en los grandes centros urbanos, así como las versiones correntina y entrerriana, criollas,





con no pocas de sus formas dialectales sustentadas por grupos indígenas que, por otro lado, conviven con lenguas del Gran Chaco pertenecientes al mismo grupo lingüístico. Algo similar ocurre con las lenguas del sur: al mapuzungun, de fuerte presencia en la Patagonia, lengua compartida con los mapuches chilenos, hay que agregar el tehuelche, el ranquel, el huilliche y otras variedades englobadas bajo el nombre genérico “pampa”, con menor grado de vivacidad, en franco retroceso pese a las diversas formas estatales y comunitarias que se intentan para gestionar su actualización.

No pocas de las lenguas han sido dadas por desaparecidas o en estado de extinción. Así, el milcayac y el allentiac, las dos lenguas huarpes de Cuyo, o el haush y el yámana, de Tierra del Fuego, o el cacán, el lule, el vilela o el kunza del NOA, ya sin hablantes, aunque con supervivencias en la toponimia o el léxico, han dejado diversos registros en relatos de viajeros, exploradores, religiosos, militares y científicos en distintos períodos históricos. Asimismo, abundan compilaciones de relatos orales, canciones, leyendas y poesía en ediciones bilingües. Incluso no faltan clásicos de la literatura traducidos a lenguas indígenas: el *Martín Fierro* conoció versiones al quichua santiagueño y al guaraní, así como el *Quijote*, *Mafalda* y *El Principito* fueron vertidos a varias



JOSE HERNANDEZ

MARTIN FIERRO E N G U A R A N I



TRADUCCIÓN EN VERSOS LIBRES POR
EDUARDO SAGUIER



EDICION BILINGÜE



lenguas nativas y la Biblia fue traducida al pilagá, el wichi y el qom por misioneros protestantes. La literatura nacional también ha recogido los restos del habla aborígen presentes en la población criolla, como en el caso de *Shunko* de Jorge Washington Ábalos o *Eisejuaz* de Sara Gallardo, cuyos protagonistas dejan fluir la lengua antigua de sus ancestros entremezclada en algunas partes de su relato. En los últimos años se han confeccionado cartillas de enseñanza para las comunidades de hablantes aborígenes con el propósito de contribuir a su transmisión, en proyectos educativos tanto oficiales como alternativos. El fenómeno fue acompañado por legislación pertinente, nacional y provincial, y dispositivos de enseñanza articulados con la escuela pública, que contaban con programas bilingües y capacitación de agentes —auxiliares idóneos, de origen étnico, así como lingüistas o trabajadores sociales— en proyectos territoriales de distinta, a menudo acotada, eficacia.

La Biblioteca Nacional propone un pequeño muestrario del material de su acervo patrimonial relacionado con las lenguas indígenas en la Argentina, centrado en algunas obras albergadas en la Sala del Tesoro, de gran valor testimonial y bibliográfico. Estos libros, que refieren una larga historia sobre las lenguas aborígenes, son cruciales para mantener abierto el debate sobre la lengua y las lenguas que hablamos o fueron habladas en lo que hoy llamamos Argentina. De esta forma tal vez podamos indagar sobre sus variaciones, sus rastros en la cultura, su sobrevivencia, su patrimonio, así como alertar sobre su desaparición, con el fin de suscitar una reflexión acerca de las múltiples formas de concebir el mundo y de nombrarlo.



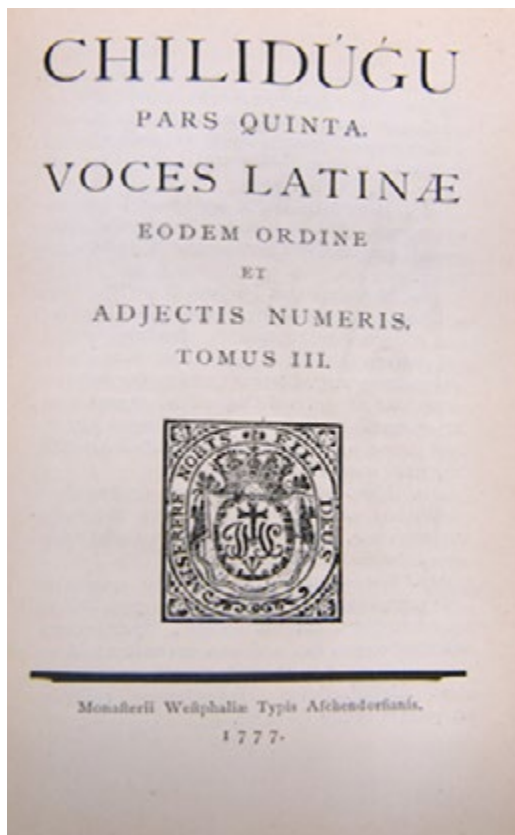


En la primera frase de su, en muchos sentidos, inaugural *Gramática sobre la lengua castellana* publicada el mismo año del arribo de Colón a América, Antonio de Nebrija estableció el nexa íntimo y fatal entre lenguaje y política: “[...] una cosa hallo i saco por conclusión mui cierta: que siempre la lengua fue compañera del imperio”. Hablaba del Imperio romano, pero también de la España que ensayaba, basado en aquel, su propio intento moderno de dominio del mundo. La romanidad que había colonizado el orbe antiguo mantenía puntos de contacto con el otro cultural que, un milenio más tarde, reclamaba operaciones similares. La empresa colonial actualizada chocaba con la barrera de la comunicación, tanto o más infranqueable que la de las armas. Lo indomable era lo intraducible. La lengua imperial habría de adaptarse a las lenguas de ese otro —el nativo americano— que debía ser reducido e integrado —es decir, neutralizado— de algún modo. Pero para asimilar había que ser asimilado. Es decir, no solo había que traducir las lenguas habladas al código dominante —el español, para el caso de nuestra región, hecha la salvedad del área lusitana— sino que la lengua del imperio habría de ser vertida también a las lenguas preexistentes en aras de la construcción de un campo de mutua inteligibilidad. Lo cual colocaba a las reglas del idioma en la incómoda posición de verse cuestionadas debido al previsible desajuste que comportaba la operación. Así quedaban al descubierto los límites de la, a la postre, imposible analogía plena con aquel modo de pensar y decir el mundo que resistía el encorsetamiento de un lenguaje sujeto a normas distintas de aquellas con las que se trataba de investirlo. En la diferencia resultante de la colisión



entre ambos registros se mostrará, con los siglos, la especificidad americana.

En el proceso de imposición del español por parte de la corona en América del Sur la experiencia evangelizadora de las órdenes religiosas —particularmente jesuíticas— recomendaba una operación compleja consistente en la traducción de los textos canónicos a una lengua dominante en un territorio determinado, a la cual se buscaba imponer como lengua general tal como había sido hecho en Europa con el latín. Pero a diferencia de lo sucedido con aquella experiencia histórica, se había llegado a la conclusión, que comportaba un reconocimiento del fracaso inicial, de que para imponer el español como el nuevo latín americano había que apelar primero a la hegemonía de una lengua aborigen que unificara la Babel nativa. Para ello se procedió a la confección de gramáticas y diccionarios (y sus dispositivos de intermediación: léxicos, calepinos, misales, chrestomatías, exempla, sermonarios, etc.) que obrarían como facilitadores pedagógicos tanto para los indígenas como, principalmente, para los propios misioneros. Se trataba en el subcontinente, pues, de una múltiple traducción: de la lengua estatal-militar-ecclesial española al guaraní, el quechua, el aymara o el mapuche, entre otros idiomas. Y a la inversa: de estos al español peninsular que, ciertamente, se encontraba en pleno proceso de consolidación: contemporánea de la llegada a América, la —muy relativa— imposición de la lengua de Castilla al conjunto del país mediterráneo estaba apenas en ciernes. Por entonces la península ibérica estaba habitada por un conglomerado de bajos latines (con la excepción del vasko) articulados

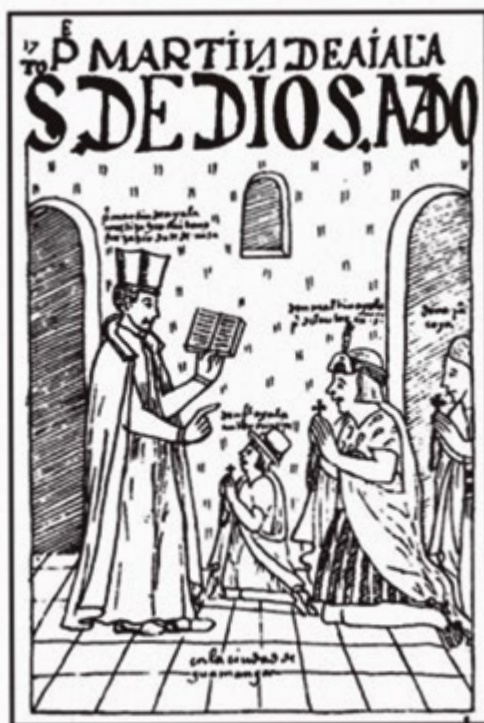


Chilidúgu sive tractatus linguae chilensis, del padre Bernardo Havestadt, 1777. Sala del Tesoro, BNMM.



con los restos lingüísticos de la milenaria ocupación árabe, que tardarían en lograr cierta uniformidad bajo el castellano oficial.

En América, a veces la traducción se efectuaba del latín a aquellas lenguas nativas y a la inversa, como fue el caso del trabajo de Bernardo Havestadt que vertió el *Chilidúgu*, o sea la lengua hablada por el pueblo mapuche, al latín. La presencia del latín era ostensible en tanto *lingua franca* eclesial y bajo la forma de modelo gramatical dominante. No pocas veces los sacerdotes que eran de nacionalidades y lenguas diferentes —españoles, italianos, portugueses, alemanes, franceses, y, por supuesto, criollos—, producían sus versiones tomando el latín como matriz de pensamiento desde el cual daban forma a las lenguas aborígenes, al menos hasta el momento en que comenzaron a realizar las traducciones a sus propias lenguas maternas. Vale decir que el vínculo era entre el latín, la lengua madre del fraile lingüista —no siempre derivada de aquel—, la lengua oral del grupo indígena de referencia, la lengua general que dominaba a ese grupo —no necesariamente su propia versión dialectal—, y el discurso religioso nativo cotejado con el católico apostólico romano. Recorrido sinuoso de ida y vuelta y a varias bandas realizado no sin tropiezos, que en cierta medida explica el fracaso de la empresa evangelizadora en su versión más amable, que pretendía una suave colonización de las almas mediante una modalidad basada en el diálogo y la comprensión mutua en función de la asimilación de las dos culturas. Solo con el cambio radical de estrategia que derivó en la prohibición del vernáculo nativo y la imposición forzada del español, acompañados por la militarización de los vínculos interétnicos, casi siempre



/17 [17]/ PADRE MARTÍN DE AYALA / SANTO DE DIOS AMADO / padre Martín de Ayala, mestizo ermitaño, fue zazerdote de misa / don Felipe Ayala, autor, príncipe / don Martín Ayala, padre del autor, excelentísimo señor / doña Juana, coya [reina] / en la ciudad de Guamanga.



derivados en genocidio, se lograría finalmente el objetivo de dominación lingüística plena.

La traducción también comprendía el movimiento que va de la oralidad de las lenguas indígenas a la escritura, es decir, su normativización. Siendo lenguas ágrafas y, en muchos casos, entramadas en complejos etnolingüísticos sumamente articulados entre diversos grupos, a veces, incluso, pertenecientes a grupos lingüísticos distintos, carecían —y en algunos casos aún carecen— de la estabilización de una cultura letrada como en las lenguas europeas. Estas, revertidas sobre el conjunto social durante siglos y regladas por los Estados u otras instituciones como la propia Iglesia y los dispositivos educacionales, alcanzan cierto grado de uniformidad. (Aunque a juzgar por la revitalización de los etnonacionalismos de base lingüística como los del País Vasco y Cataluña, esa uniformidad nacional, inficionada de fisuras ideológicas y culturales, es muy

relativa). Es por ello que los jesuitas —así como otras órdenes religiosas— tomaron una decisión de política lingüística que les rindió con creces en su afán evangelizador: escogían una lengua de mediación étnica, parejamente conocida por diversas etnias en un área extendida, y la transformaban en lengua general por vía de la escritura y la evangelización forzada. Una *koiné*. Vehículos comunicacionales, los textos religiosos y las obras pedagógicas cumplieron así un rol estratégico en la difusión no solo de su mensaje religioso, sino en la consolidación de vínculos lingüísticos entre etnias que pasaron a compartir patrones culturales. El primero de los cuales, naturalmente, fue la lectura.

Un caso paradigmático es el del ñengatú, cuya adopción por los colectivos indígenas llega hasta hoy. Se trata de la versión del tupí formulada por los jesuitas al que transformaron en lengua franca en un



En Loreto, hacia 1700, los jesuitas crearon la primera imprenta de toda Sudamérica. Imagen: “La imprenta de las misiones jesuíticas”, óleo de Léonie Matthis (Colección AGN).



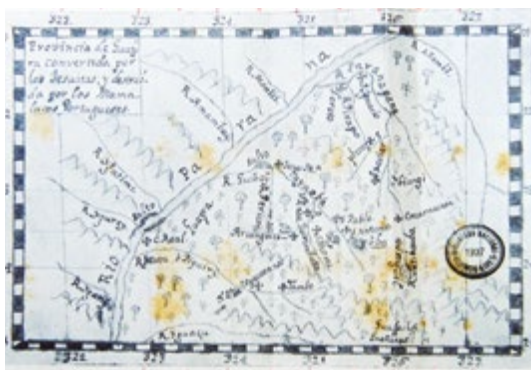
área inmensa que comprendía desde la Mesopotamia argentina hasta el norte amazónico. Ciertamente, había casos de lenguas generales previas, como el quechua cuzqueño, que había sido impuesto en todo el Tahuantinsuyo por el incario en el proceso de expansión imperial apenas medio siglo antes de la llegada de Pizarro desde Colombia a Santiago del Estero, el mecanismo había sido el mismo que después aplicarían los españoles: captura lingüística de las elites y homogeneización de la lengua territorial tomando como referencia la variante dominante en el centro de poder. Debido a ello, para los españoles no hubo más que comprender el quechua ya instalado como lengua general para establecer, en una primera etapa, su dominación religiosa, es decir, para ganar las almas. Sobre todo de las elites letradas, las cuales, en un largo proceso de asimilación dirigida, terminaron por instaurar la lengua de Cervantes, aunque inficionada por el conglomerado de lenguas indígenas subsumidas en el quechua. Naturalmente, la figura máxima en la que se puede verificar esa transición es el cronista Felipe Guamán Poma de Ayala, que recogió las culturas del imperio registrándolas para el nuevo orden en su extraordinaria *Nueva crónica y buen gobierno*.





Nacido en Lima en 1582, el jesuita Antonio Ruiz de Montoya es considerado el apóstol de los guaraníes. Habiendo completado su formación en Córdoba, hacia 1612 se abocó a la construcción de reducciones en el Guairá. Organizó trece “Doctrinas” —organizaciones económicas, políticas y militares autárquicas de base religiosa— que nucleaban decenas de miles de personas. Montoya no restringió su labor a la evangelización, también encabezó la guerra defensiva contra los bandeirantes y en 1628, ante el riesgo de que fueran destruidas las aldeas, condujo el éxodo de doce mil indígenas hacia las que luego fueron las reducciones de San Ignacio Mirí y Nuestra Señora de Loreto, en la actual provincia argentina de Misiones.

Cuestionado su accionar por las autoridades eclesias-ticas, viajó a Madrid donde permaneció tres años gestionando el derecho de defensa de los guaraníes. Durante su



Provincia de Guayra convertida por los jesuitas y destruida por los mamelucos portugueses. Mapa del padre Sánchez Labrador incluido en la *Cartografía jesuítica del Río de la Plata* de Guillermo Furlong. Sala del Tesoro, BNMM.



estadía en la península ibérica publicó las obras que le granjearon su celebridad: *La conquista espiritual*, *Tesoro de la Lengua guaraní*, *Arte y vocabulario de la lengua guaraní* (la Sala del Tesoro de la Biblioteca Nacional alberga dos ejemplares: la edición de 1639 donada por Carranza y la de 1722, publicada en Santa María la Mayor y donada por Bartolomé Mitre en 1881) y el *Catecismo*. A su regreso se estableció en su Lima natal en donde redactó su último trabajo, *Sílex del divino amor*, en que se saca y prende en la voluntad de este fuego divino, obra piadosa de carácter místico. Tras morir en Lima el 11 de abril de 1552, su cuerpo fue trasladado por una comitiva de indígenas y misioneros guaraníes hacia la reducción de Nuestra Señora de Loreto, en una travesía a pie de casi doce mil kilómetros que recorrió en sentido inverso el camino de otrora.

Es sabido que Ruiz de Montoya, así como algunos otros autores de diccionarios indígenas, realizaban una selección del léxico que recogían en sus obras; no registraban todas las variantes y acepciones. Por lo general, el término consignado correspondía a la palabra más usual, es decir, se descartaban los usos dialectales construyendo así la norma cuya base era el promedio aceptado. Con esa operación las lenguas territoriales de carácter étnico devinieron lenguas generales, que fueron impuestas al conjunto de los pueblos que compartían un grupo lingüístico, aunque en algunos casos la operación se haría extensiva a otros grupos. El ñengatú fue establecido como lengua usual no solo sobre conglomerados humanos tributarios del tupí, sino también sobre hablantes de lenguas arawak y caribe, modificando el patrón de comunicación que incluye, naturalmente, la gramática que organiza el pensamiento.

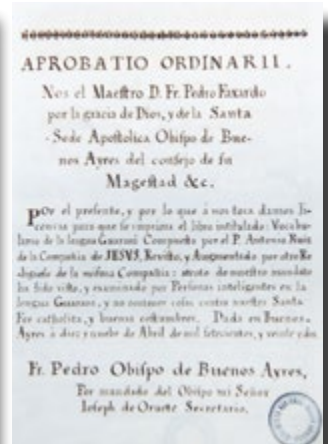
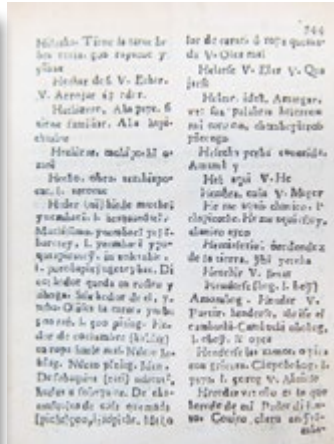
A su vez, también se operaba una traducción de la teología oficial de la Iglesia católica apostólica romana



Mapa de las regiones del Paraguay por el padre Luis Ernot, incluido en la *Cartografía jesuítica del Río de la Plata* de Guillermo Furlong. Sala del Tesoro, BNMM.

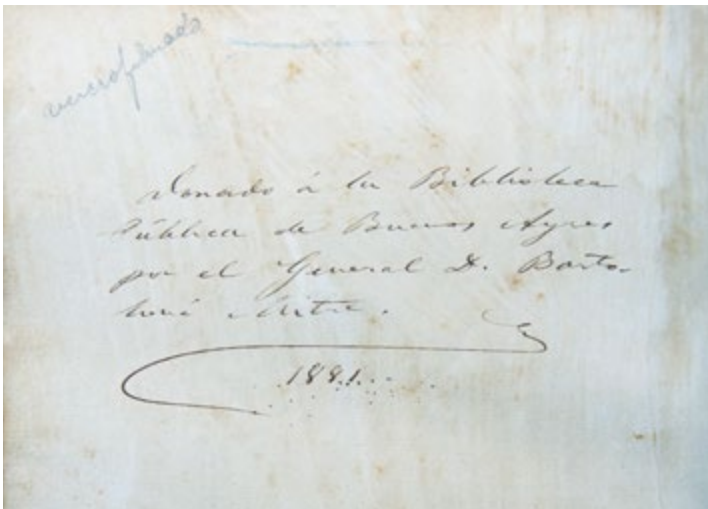


Antonio Ruiz de Montoya, *Tesoro de la lengua guaraní*, Juan Sánchez, 1639. Sala del Tesoro, BNMM.



Antonio Ruiz de Montoya, *Tesoros de la lengua guaraní*, Juan Sánchez, 1639. Sala del Tesoro, BNMM.

Antonio Ruiz de Montoya, *Vocabulario de la lengua guaraní*, Santa María Mayor, 1722. Sala del Tesoro, BNMM.



Donación y firma de Bartolomé Mitre en el ejemplar del *Vocabulario de la lengua guaraní* de Ruiz de Montoya. Sala del Tesoro, BNMM.



a las categorías teológicas aborígenes, con lo cual se homologaba al dios judeocristiano y a los santos católicos con deidades americanas en un alarde de herejía involuntaria que, en otras condiciones, les hubiera valido la hoguera a quienes urdían esa operación. De hecho, la Reforma luterana se había iniciado como un problema de traducción de las Sagradas Escrituras al alemán vernáculo del siglo XVI, inaceptable para el canon. Precisamente los propios jesuitas habían sido el ariete de la Contrarreforma orientada a clausurar aquellos peligros. Sin embargo, la operación fue realizada sin objeciones en el “Imperio jesuítico”, así llamado por Leopoldo Lugones. El dios cristiano que había inspirado las cruzadas a Tierra Santa o las campañas militares contra los albigenses y las matanzas de judíos, musulmanes e “infieles” de todo tipo, era igualado sin solución de continuidad al Tupã guaraní, y el culto de los santos encontraba sus sincretismos múltiples en la articulación con las deidades indígenas preexistentes. Pero esta audacia se produjo preferentemente en las misiones guaranícas; en otras regiones la tolerancia e integración fueron menores o directamente impedidas. En el incario los invasores españoles impulsaron los procesos de “extirpación de idolatrías” —relevamiento y supresión de cultos aborígenes— que, clausurando las vías que habilitaban eventualmente el sincretismo, harían tabla rasa con las creencias y la ritualidad religiosa indígena.



Vocabulario de la lengua guaraní de Antonio Ruiz de Montoya. Publicado en 1722 en Santa María la Mayor y donada por Bartolomé Mitre en 1881. Sala del Tesoro, BNMM.



A la llegada de los españoles y luego de los lusitanos en la región que hoy llamamos Paraguay —pero que la excedía largamente— se hablaban diversos tipos de guaraní. Antonio Ruiz de Montoya no solo fue el extraordinario organizador de las misiones del Guairá —una vasta región que abarcaba el actual Rio Grande do Sul, Paraguay, noroeste de Uruguay y el litoral argentino— sino y sobre todo, un estratega en el amplio sentido de la palabra. Su visión abarcaba desde el diseño de la autonomía económica, política y militar de las misiones hasta el tipo de confrontación y acuerdos que habría que adoptar con cada agente histórico de la época, llámense corona española o portuguesa, encomenderos, yerbateros y bandeirantes paulistas, administradores estatales de ambos regímenes y cacicazgos conmocionados por las nuevas relaciones impuestas. Montoya supo actuar con diplomacia en defensa de las doctrinas y de los pueblos indígenas que las nutrían e integraban. Y, aunque hubo episodios bélicos como la guerra defensiva contra las expediciones de los esclavistas mamelucos, trabajó siempre con la palabra en la forja de una nueva lengua común que creó una zona de pasaje hacia la adquisición de las pautas culturales de la cristiandad. En esas operaciones políticas de construcción de una nueva sociedad de matriz religiosa, el problema de la comunicación era nuclear. La lengua era así un arma dilecta en el proceso de “conquista espiritual”, como tituló su obra más conocida, en la que reza las misiones.

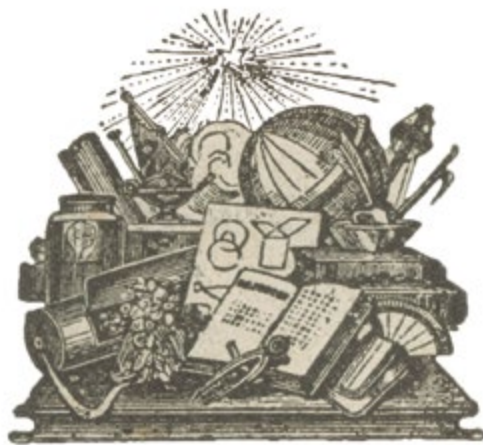
En más de tres décadas de construcción de las doctrinas, Montoya adquirió una pericia única en las lenguas guaranílicas, cuyo fruto dilecto —aunque no el único— fue su *Tesoro de la lengua guaraní*. Publicado en Madrid por la imprenta de Juan Sánchez





en 1639, será considerado por Bartomeu Meliá la “summa etnológica guaranítica” por excelencia. Aunque dirigido en primer lugar a clérigos y futuros catequistas, su diccionario propone una intervención en la lengua en busca de una estandarización. Ese manual para aprender guaraní se complementaba con traducciones de textos religiosos orientadas a sacerdotes y elites indígenas, que al ingresar a la escritura se transformaban en elites letradas aliadas, imprescindibles en la construcción de hegemonía en el nuevo orden social. Pero las astucias de la historia imprimieron un giro a la situación de dominación en tanto alentaron políticas identitarias de etnización de la lengua apropiada que les permitió a los guaraníes reducidos transformarse en agentes soberanos. Esos grupos de dirigidos, subalternizados y aculturados, devendrán dirigentes en la medida en que utilizarán con autonomía la escritura. Y lo harán sobre todo en situaciones dramáticas de alta beligerancia contra los propios designios de sus dominadores, en el momento crucial en que se definió el destino de la etnia y de los propios jesuitas cuando los cabildos —los órganos de gobierno— integrados por indígenas rechazaron las directivas de disolución de las misiones. Aunque eran órdenes impartidas por la corona y el papado, fueron transmitidas y ejecutadas contra su propia voluntad por los propios jesuitas, que pasaron a ser visibilizados por los indígenas de las misiones como enemigos. Al cerrarse el conflicto entre Portugal y España con el Tratado de Madrid de 1750, que obligaba al corrimiento de la frontera hacia el oeste, siete misiones ubicadas en el territorio del actual Uruguay debían ser movilizadas. Pero los pueblos de las doctrinas dieron la alerta en forma de cartas escritas entre los caciques y cabildantes y se dispusieron a re-

sistir. Así como habían luchado conformando ejércitos contra las invasiones de bandeirantes y, conducidos por Ruiz de Montoya, habían realizado un formidable éxodo de resonancias bíblicas, ahora defendían su territorio y su nueva forma de vida, que el jesuita José María Peramás caracterizó como una verdadera república platónica. Y lo hacían acusando de traición a los propios jesuitas, a quienes peleaban con sus propias armas. Entre ellas, la escritura. Incluso llegaron a proclamarse fieles al rey y contrarios a la orden ignaciana a la que pasaron a acusar de connivencia con los portugueses. Como es sabido, el enfrentamiento con la alianza de las coronas ibéricas resultó infausto para los guaraníes reducidos, así como determinó el fin de la orden. Pero pese a la destrucción de las misiones, sobrevivió la herencia de la lengua normalizada y su escritura, así como la fe, índice de la apropiación soberana de la cultura impuesta ejercida por los pueblos.





En el proceso de expansión por todo el Tahuantinsuyo, el incario había impuesto como lengua general el quechua, keshua, quichua o qqueswa, según la variación histórica de la nomenclatura adoptada. En 1607 vio la luz la *Gramática y arte nueva de la lengua general de todo el Perú, llamada lengua Qquichua, o lengua del Inca*. Compuesta por el padre Diego Gonzales Holguín, contemporáneo de Ruiz de Montoya, establecía la pauta de trabajo de los quichuistas de los siglos siguientes. Entre ellos se cuenta el padre Mossi, quien en 1856 dio a conocer en Sucre su *Gramática de la lengua general del Perú llamada comúnmente quichua*.

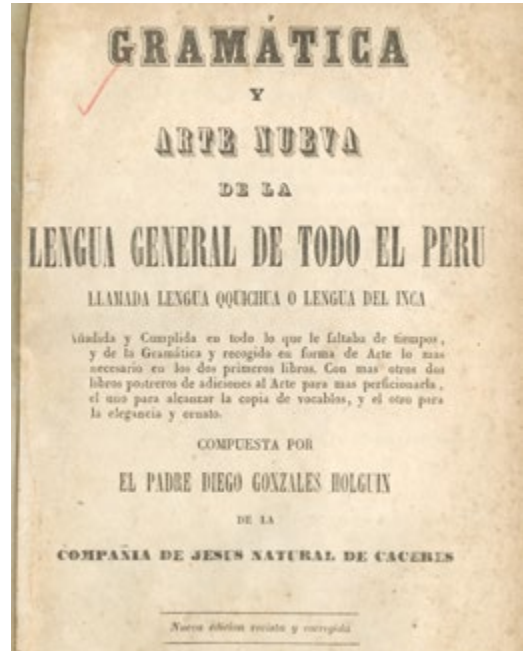
Miguel Ángel Mossi había nacido en Cambiano, una pequeña ciudad piamontesa próxima a Turín, en 1819. Ordenado sacerdote en 1843 mudó su nombre a “Honorio”, con el que firmaría algunas de sus obras, y se trasladó al Chaco boliviano como miembro de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, Propaganda Fide. Por entonces poseía el latín, el sánscrito y el hebreo, además de hablar francés, italiano, alemán y español. Tras veinte años de apostolado allí y en Potosí adquirió gran pericia en las lenguas y dialectos indígenas de la región, que serían la base de sus investigaciones ulteriores. Además de la *Gramática* antes mencionada, cuya primera edición está preservada en la Sala del Tesoro de la Biblioteca Nacional, entre 1857 y 1862 publicó *Ensayo sobre las excelencias y perfecciones del idioma quichua, Clave harmónica o concordancia de los idiomas, Diccionario de la lengua quichua y Teología mística*. Con ese bagaje decidió retornar al Viejo Mundo para perfeccionarse en su disciplina. El año 1864 lo encontró en España como miembro de la Academia de la Lengua Universal, donde tradujo una *Gramática latina* en solo tres



meses; y en Italia, donde realizó estudios lingüísticos basados en las experiencias misioneras previas. Ya en 1870, vuelto como sacerdote secular tras una estadía en Uruguay y en Chascomús donde fundó colegios, bibliotecas y diarios en los que ejerció el periodismo, se estableció en Santiago del Estero. Allí retomó su nombre laico y enseñó en la cátedra de Latín y Literatura española del Colegio Nacional. En aquella región, que será su patria adoptiva, ofició como capellán en el Colegio de las Esclavas y como párroco en pueblos del interior de la provincia. Hacia 1888 se afincó en Atamisqui, isla idiomática quichua que lo impulsó a redactar un *Manual del idioma general del Perú. Gramática razonada de la lengua qichua. Comparada*



Mapa de las misiones de indios lules, istsitines y vileleas, incluido en la *Cartografía jesuítica del Río de la Plata* de Guillermo Furlong. Sala del Tesoro, BNMM.



Honorio Mossi, *Gramática de la lengua general del Perú llamada comúnmente quichua*, Sucre, Imprenta de López, 1857. Sala del Tesoro, BNMM.

Diego Gonzales Holguin, *Gramática y arte nueva de la lengua general de todo el Perú*, 1842. Sala del Tesoro, BNMM.

con las lenguas del antiguo continente; con notas especiales sobre la que se habla en Santiago del Estero y Catamarca, libro que se imprimió de manera póstuma en Córdoba en 1889 bajo los auspicios del gobierno de Santiago del Estero a cargo de Absalón Rojas, padre de Ricardo Rojas. El ilustre historiador de la literatura argentina, que tenía gran aprecio por su labor, retomaría una versión de *Ollantay* que el sacerdote tradujo en su vejez. La pasión de Mossi por la lengua del inca en sus distintas versiones dialectales, aunada a su pericia en lenguas clásicas, lo animó a elaborar audaces teorías —hoy desestimadas, pero de gran interés— sobre la ascenden-

cia semítica del quichua, que presuponía el incario como prohijado por las tribus perdidas de Israel. Sus libros filológicos indagan en las raíces compartidas entre el hebreo, el aymara y el quechua; Mossi llegó a detectar seiscientos términos a los que supuso, sin mayor acierto, idéntico origen semítico.

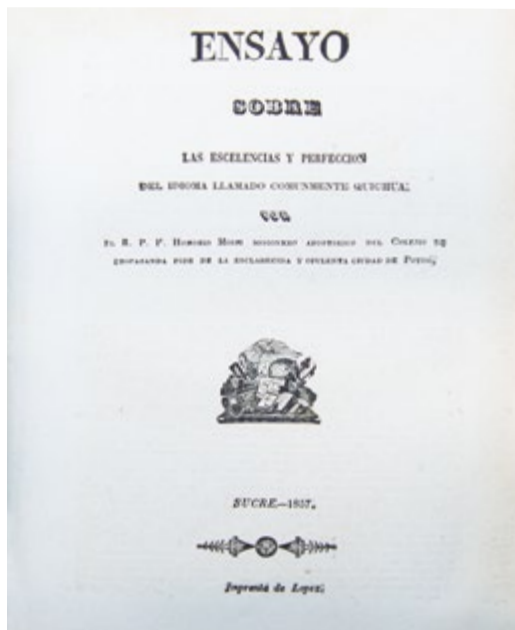
Fruto de su pluma son también los siguientes libros: *Discursos filosóficos sobre el magnetismo y espiritismo* (1872), *Tratado fisiológico y psicológico de la formación del lenguaje* (1873), así como una obra sobre la flora y fauna de la región, que se considera perdida. Entre sus trabajos póstumos figura un *Diccionario analítico-sintético-universal* editado por



la Universidad Nacional de Tucumán en 1926 y su *Alfabeto y diccionario hebreo-kjéchuha-castellano* y *Diccionario kjéchuha-castellano*.

Miguel Ángel Mossi falleció en la ciudad de Santiago del Estero, sumido en la pobreza, en 1895. Fiel a su estilo irónico, Paul Groussac, siendo ya director de la Biblioteca Nacional, escribió una necrológica en la que decía:

“Es un viejo sacerdote italiano, inofensivo y dulce, que hablaba corrientemente el quichua peruano, del cual el dialecto de Santiago no es más que una derivación un poco menos alterada que lo que se creía”. Mossi, según Groussac, que había compartido con él las aulas del Colegio Nacional de Tucumán, “vivía en un sueño etimológico del cual nadie podía sacarlo. [...] Amaba rezar en quichua, y su ideal jamás realizado fue inculcar la vieja lengua del Cuzco a sus alumnos. [...] no tenía ni sospecha alguna de la Filología. [...] Su lingüística se reducía al quichua, al latín de iglesia y a algunas pizcas del griego y del hebreo, tomadas de los léxicos. Estaba obsesionado por esa idea infantil de que el quichua se relaciona con todas las lenguas comunes, el hebreo en particular; y como no estaba retenido ni guiado por ninguna noción de Filología comparada y menos de Historia general, vestía árboles genealógicos divertidos, sin cuidado alguno de las familias y de los géneros lingüísticos. [...] Las inocentes elucubraciones de Mossi no son de ninguna utilidad, ni siquiera para el estudio del quichua, a causa de la falta absoluta de método y de juicio”.

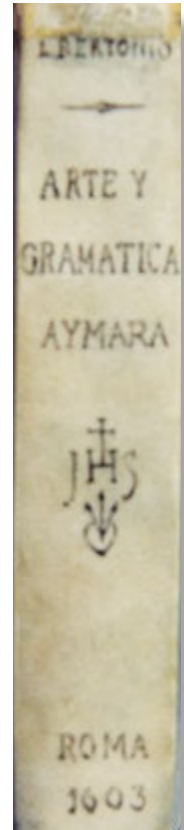


Ensayo sobre las escelencias y perfeccion del idioma llamado comunmente quichua, incluido en la Gramática de la lengua general del Perú llamada comúnmente quichua, de Honorio Mossi. Sala del Tesoro, BNMM.



Entre los libros donados en 1811 por Vicente Echavarría para la fundación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, futura Biblioteca Nacional, se encuentra el *Vocabulario de la lengua aymara. Primera parte. Donde por abecedario se ponen en primer lugar los vocablos de la lengua española para buscar los que les corresponden en la lengua aymara*. Compuesto por el padre Ludovico Bertonio, fue impreso en la Casa de la Compañía de Jesús de Juli, Bolivia, por Francisco del Canto en 1612. Hablada hoy en día por miles de personas de identidad coya en Bolivia, Perú, Chile y Argentina, la lengua aymara reconoce en este libro su texto mayor.

El padre Ludovico Bertonio nació en Rocca Contrada, provincia de Ancona, Italia, en 1552. Ingresó a la Compañía de Jesús y fue destinado al Perú, adonde arribó en 1581. Ordenado en Lima, se trasladó al pueblo de Juli, Puno, en cercanías del lago Titicaca, donde desarrolló su apostolado entre los lupaca, etnia de lengua aymara. Allí escribió sus trabajos orientados a la práctica concreta de la evangelización. A *Arte y gramática muy copiosa de la lengua aymara*, publicado en 1603, le siguieron varios libros edificantes que vieron la luz junto con su *Vocabulario* en 1612. Se trata de *Arte de la lengua aymara, con una Silva de Phrases de la misma lengua y declaración en Romance; Libro de la Vida y Milagros de Nuestro Señor Iesu Christo en dos Lenguas, Aymara y Romance*, y un *Confessionario muy copioso en dos lenguas Aymara y Española, con una instrucción a cerca de los Siete Sacramentos de la Sancta Yglesia y otras varias cosas*. Bertonio misionó en Potosí durante el auge de la explotación en las minas de plata, donde pudo enriquecer



Ludovico Bertonio, *Arte y gramática muy copiosa de la lengua aymara*, Roma, Zannetti, 1603. Sala del Tesoro, BNMM.



su conocimiento del aymara con las variedades dialectales presentes en el lugar, sustentadas por los numerosos grupos procedentes de toda Bolivia. En su vejez se retiró a Arequipa. Falleció en Lima el 3 de agosto de 1625.

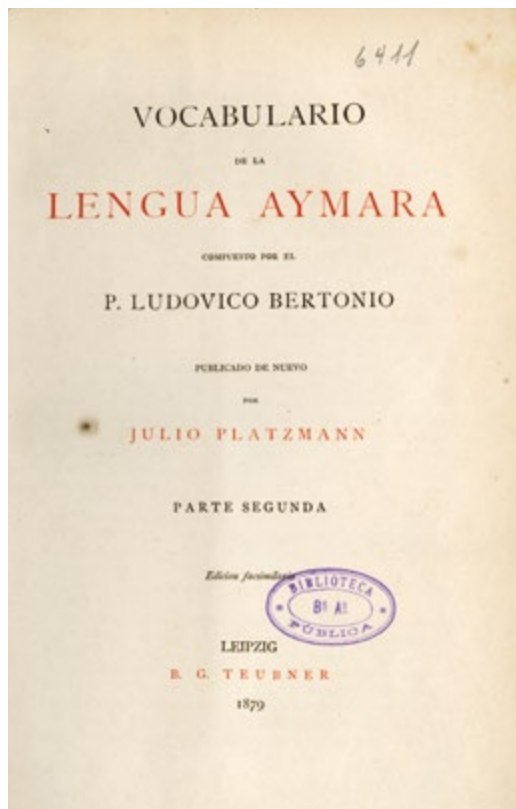
Son varias las marcas diferenciales de su trabajo con respecto a la lingüística misionera del período. Contrariamente a muchos contemporáneos, Bertonio consigna la autoría de su frasario, que atribuye a sus informantes indígenas, así como de la versión aymara de *Vida y milagros de Cristo*, tomada de un libro de Alonso de Villegas. Allí indica que fue confeccionada con la colaboración de un aborígen lupaca llamado Martín de Santa Cruz Hanansaya. En sus trabajos, Bertonio destaca la elegancia de la lengua cuyas variantes —contrariamente a Antonio Ruiz de Montoya, que las excluía deliberadamente— se esmera en registrar. Por ese motivo su trabajo permite la investigación de la evolución de la lengua, así como de los dialectos que conforman un conjunto articulado hasta la actualidad. Fiel a su vocación evangelizadora, no solo escribió trabajos de intención pedagógica o mística, sino que además dio cuenta de conceptos teológicos aborígenes. Y por supuesto, repuso los diferentes usos sociales de los vocablos que recogió con gran precisión, lo cual ha permitido indagar en múltiples aspectos de la cultura indígena. Hasta el presente es fuente de interpretaciones; en nuestro país el filósofo y antropólogo Rodolfo Kusch ha abundado en sus lecturas de Bertonio, en una estela de lectores que comprende antropólogos e historiadores de la talla de Nathan Wachtel.

La presencia del aymara en el Norte argentino-vestía una importancia tal que la Declaración de la Independencia fue publicada en castellano, quechua

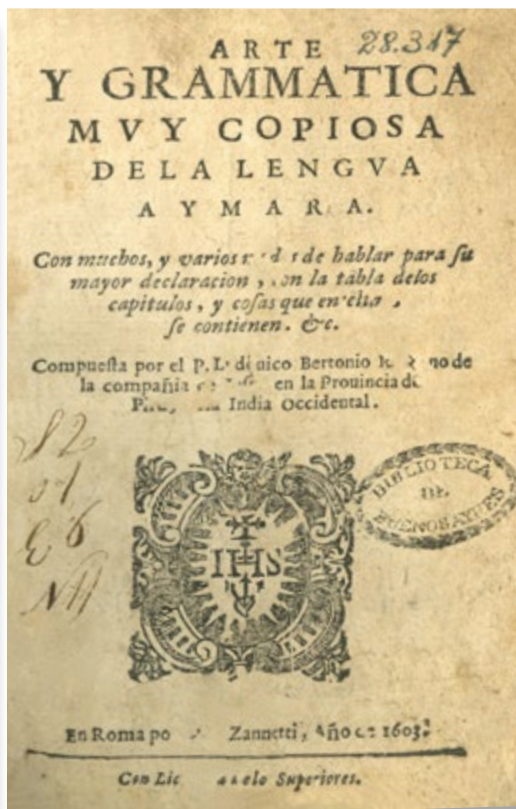


y aymara a instancias de Juan José Castelli. Esta última versión fue redactada presumiblemente por el sacerdote, político e intelectual indígena Vicente Pazos Kanki, que se plegó a la revolución jacobina encabezada por Mariano Moreno. Considerado por la mirada más actual de los lingüistas contemporáneos, como sucede con la mayoría de aquellos trabajos pioneros, el libro se resiente por la difícil acomodación fonética al alfabeto castellano, lo cual recién comenzó a ser enmendado en la década de 1960 a partir de los trabajos de lingüistas norteamericanos y de Juan de Dios Yapita, de nacionalidad boliviana, quienes realizaron importantes ajustes y actualizaciones al texto. Reconocido como idioma oficial junto a otras 33 lenguas indígenas por el Estado Plurinacional de Bolivia, el aymara es considerado en situación de vulnerabilidad por la Unesco debido, entre otras cosas, a la presión del español.





Ludovico Bertonio, *Vocabulario de la lengua aymara*, Leipzig, B. G. Teuner, 1879. Sala del Tesoro, BNMM.



Ludovico Bertonio, *Arte y grammatica muy copiosa de la lengua aymara*, Roma, Zannetti, 1603. Sala del Tesoro, BNMM.



DIVISION¹⁹ DE ESTA ARTE DE LA LENGVA AYMARA.

ESTA arte della lengua aymara se diuide en tres partes, como mas clara y distinctamente diximos en la prefacion al lector. La primera contiene las ocho partes simples della oracion: La segunda tracta de la construccion de las ocho partes con muchos y varios modos de hablar: la tercera ensena el modo como se sacaran muchos vocablos desta lengua por medio de ciertas particulas que se añaden a los nombres y se enterponen a los verbos.

De la Pronunciacion y orthographia.

LAs vocales en esta lengua son cinco, como en la castellana, que son a, e, i, o, u: pero es de saber que la e, y la i muchas vezes son tan semejantes en la pronunciacion, que apenas se distinguen, y lo mesmo acontece con el o, y u, las quales muchas vezes se pueden poner la vna en lugar de la otra: aunque otras vezes cada vna es muy bien della otra.



Def	VOCAR. AYMAR	Def	173
Defalotada casa: Thauhuasafina		Defaparecer a otro echandole, o	
Thauhuasafina		siendo causa de ello: Chacacota-	
Defalmado sin conciencia: Alma		tha, Chacacotaaktha, Inter-	
hani hakhfaarafiri, Hani alma-		poniendo a, a todos los verbos	
ni.		precedentes, antes de tha, o kha	
Defamorado: Haccacata chuyra-		tha.	
Defamapar: Haytaatha, Hacco		Defataygar: Hikufutha, Tunu-	
mutucha, Haytamucutha.		tha, Sapatha hikufutha.	
Defamapar hacienda: Cunañasa		Defataygar traiflantando: Ca-	
cauquifasa lluchumucutha, l.		llufutha.	
Lluchurpaatha.		Defataygar: Kochalluni, Sakha-	
Defamapar su pueblo; Marca pa		hualla: vide Hadrajoso.	
taatha, Vyu uta pantacatha.		Defafogear: Cchakmitha, Ccha-	
Defamapar la madre a su coe-		khamifaa, Kakotha, Kaka-	
ro, Pholtokhmucutha, Pholtok-		faatha, Tacuraatha, Tacuraaa	
hmucutha, Pholtokhmucutha,		tha.	
Defamapar Dios a alguno por		Defafogegado andar: Takhhuayu	
su dureza: Qyoachatha.		Pitutaaghuu haliñi, Thutu cca-	
Defamaparada casa, pueblo, o pla-		cca haliñi: Andario: Thutu cca	
ca: Tuitata, chulitha, chintata		cca halartha, &c.	
Defamaparado: Trokhtomita, Tio		Defatumar: Allipaatha, Allino-	
khtomucutha, Pachacuya, V-		catha.	
luchuaatha, V. Vuir afi. Trokht-		Defafre: Chikhi, Talaco, T. Te-	
tomitha, Trokhtomucutha,		ner algun defafre: Chikhiro ta-	
Tincufu tinqutacatha.		lacoro puritha, Halantatha,	
Defanimado: vide Cobarde.		Defaftrado: Chikhini, Talacon,	
Defanimar: Llakhlattatha, ch-		vel, Chikhihtara.	
hukhtatha, Qhuicytaatha,		Defatapar: Lluvaratha, Copira-	
Tunquintaatha, adinos.		tha, vel Hiltatatha.	
Defatudar: Harakhtatha.		Defatar: Haratha, Harakhtatha.	
Defatudar: Harakhtatha.		Defatar de fuyo: Harakhtatha.	
Defaparecer: Chacacotaatha,		Defatar carga: Hararatha.	
Cchacacotatha, Hayphutatha		Defatandole caer: Haranotha	
Hayphutkatha, Chusapetka		Harahukhtatha.	
tha, Haphallayatha, Hayatha		Defatinar de colera: Phullukh-	
tha, Hialitatha, Cauquithatha		quistatha, Phullukhufutha,	
Chufakatha, Haphallakha-		vel Huallakquistatha, Hu-	
tha, Haliutha.		llakhtufutha, Vreptatha.	

N Panta-

ste de Juli, donde los Hananlayas se diferencian en algo de los Hananlayas y Hananlayas: y los Chinchayfayos aquinados hablan algo diferentemente de las otras tres parcialidades nombradas. De vna cosa puede certificarse el curioso lector que ninguno vocablo de quantos en estos nuestros libros hallare he sacado de mi propia cabeza, sino que los he oido de los indios, y examinado con ellos; y muchas vezes he visto q el vocablo que no entiende vno lo entiende otro, como este vocablo, Caachilla, sobre que se dudana, no vna venida a noticia de los Hananlayas, y preguntandole a vn Hananca deste mismo pueblo dixo que significana Dudinosa, de la propia manera que yo ania puesto en lo que estana ya impreso: y lo mismo acontece en otros muchos vocablos. y no por esto fuera acertado dexarlos de poner, porque no los entienden todos pues el Vocabulario es general, y no puede dañarse si contiene en sí algunos vocablos de Prouincias particulares: y si a vezes no los acierta nadie, es porque preguntados de improviso no se acuerda a que pertenecer: pero poniendolos por camino, y dandoles la pronunciacion q pide conuengan que aquello quiere dezir, y dan buena razon dello; aun que concedo que es mejor y mas acertado hablas siempre por el modo y vocablos mas claros y visados, dando de mano a los que no son tales donde vno ensena o predica.

FIN DE LA SEGYNDA PARTE DE ESTE NUESTRO Vocabulario, a gloria y honra de Nuestro Señor IESV CRISTO y de su Santisima Madre siempre Virgen, y siempre immaculata MARIA Señora Nuestra.
(c.)

IMPRESA EN LA CASA DE LA Compañia de IESVS del pueblo de Juli, que esta en la Prouincia de Chuco, en la emprenta de Francisco del



Andrés Febrés, *Diccionario chileno hispano*, Santiago, Imprenta de los Tribunales, 1846. Sala del Tesoro, BNMM.

Andrés Febrés, *Arte de la lengua general del Reyno de Chile*, Lima, 1765. Sala del Tesoro, BNMM.



Igual que su antecesor Luis de Valdivia, Andrés Febrés dio cuenta de la lengua hablada por los mapuches (en su época llamados “reche” o “araucanos”) en todas las variantes conocidas por entonces. Dotado de una pericia extraordinaria, Febrés realizó un trabajo sumamente meticuloso; su obra ha sido la base de la araucanística hasta la actualidad. Se trata de una pieza invaluable desde todo punto de vista, sobre todo a la hora de considerar la peculiaridad regional del habla, tal como ha sido estimado por Rodolfo Lenz, el gran lingüista chileno, así como los aspectos de la evolución fonológica y sociolingüística del pueblo mapuche. Del mismo modo, su labor resulta de gran utilidad para la evaluación de motivos históricos, míticos y religiosos.

Nacido en Manresa, España, en 1734, Febrés se trasladó muy joven al nuevo continente y se formó en la Compañía de Jesús en Santiago de Chile hacia 1758. Misionó en Angol, Imperial, San José y Valdivia. En poco tiempo adquirió suficiencia en mapuzungun y comenzó a estudiarlo y enseñarlo a sus colegas. En 1764 publicó en Lima su *Arte de la lengua general del Reyno de Chile*, con un diálogo chileno-hispano muy curioso a que se añade la Doctrina Christiana, esto es, Rezo, Catecismo, Coplas, Confesionario y Pláticas; lo más en lengua chilena y castellana; y por fin un Vocabulario Hispano-Chileno y un Calepino Chileno-Hispano más copioso. El libro consta de una gramática, un vocabulario y varios textos religiosos destinados a la catequesis. Si bien tomó en cuenta las obras pre-existentes, sobre todo los trabajos de Luis de Valdivia, Bernardo Havestadt, Diego Amaya Sotomayor y Gaspar López de Codiñanos, es su investigación de campo la que le confiere particular valor a su registro.



Cruz de limache, grabado incluido en la *Histórica relación del Reyno de Chile, y de las misiones, y ministerios que exercita en la Compañía de Iesus* del padre jesuita Alonso de Ovalle (1648). Sala del Tesoro, BNMM.



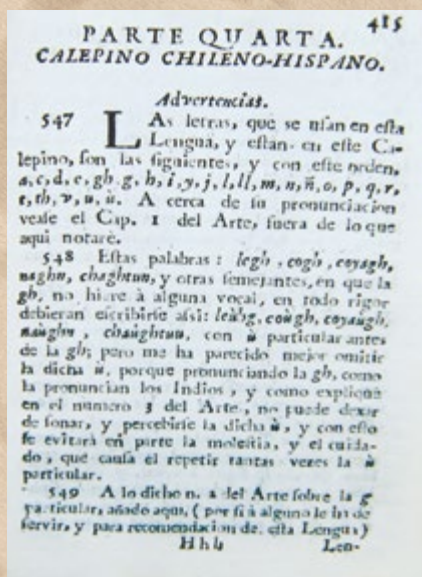
La expulsión de los jesuitas hizo que Febrés fuera destinado a Italia, donde a la par que estudió matemáticas, se abocó a militar en contra de quienes habían coadyuvado en la destitución de la orden ignaciana. En 1784 sufrió persecución por su *Segunda Memoria Católica*, libro en el que denunciaba a los ministros de Carlos III por conspirar contra el rey, el papado y la Compañía de Jesús. Extremadamente transgresor para la época, el texto vaticinaba, profético, las conmociones sociales que sobrevendrían al desarmar las misiones, las cuales, advertía, habrían de desembocar en la independencia de América. Tamaña predicción condujo al libro a la prohibición papal y a la persecución de su autor, que tuvo que huir de Roma. Refugiado en Cagliari, Cerdeña, donde lo encontró la muerte en 1790, Febrés pasó el resto de sus días enseñando en una escuela.

El ejemplar de la primera edición del *Arte* que consideramos perteneció a la colección Ángel J. Carranza, que ingresó por compra a la Sala del Tesoro de la Biblioteca Nacional en 1901.





Andrés Febrés, *Arte de la lengua general del Reyno de Chile*, Lima 1765. Sala del Tesoro, BNMM.



300	Vocabulario.		Hispano-Chilena.	301
Acorgar-se—acotarse: a ca-	447 Ad. Af.	Adorar—archo	nieduamo, ayuntar	
lierro—chutun.	Adarga—thana.	Adornar—eriz—amerlen;	tencio mal—buca	
Acormez—lertun, nain.	Adagio dico—pequey sa	algan miembro—chilli-	puen.	
Acopolar, componer	daga.	man.	Afictar gravedad—tha-	
pepila.	Adiantado, o entrecano	Adornar—pepila, mu-	guercas.	
Acopodarle, o alojarle	o do—conmuyral.	mañu.	Afictar, fingir v. tal, y	
clan, de cla.	Adelantarlo—pencilun.	A dos manos—manchi.	cau, n. 201.	
Acopmbar—dibagun.	Adelgazar—pichi ramelo.	Adquirir—huacullin:	Afeytar, afeytarlo—pe-	
Aconfejar—glama.	Ademan hacer—afelin.	noticias—huacullagan.	yomtu.	
Acontizar—remgen, v	Ademas de esto—la cay.	Adrede, v. pra, y calli	Aficion, v. Afecto.	
pregen.	Alentro—minu, pumiau:	n. 194.	Afizar—mu rucua.	
Acopinarlo—cagun.	entrar—digecon:	Atrendido—ca mapu	Afizar—yugam:	
Acordarlo—darmun:	entrar algo—tacula.	che.	o amola—idda, llumcu-	
del auento—cuhacullun.	Aderezar—pepila, mu-	Advertir—inarumen, ga-	tu.	
cuñucullacuhullun.	mañu.	nes: a otio—inaru	Afirmar—mappin, nypin.	
Acortar—manala.	Adcularlo—athumun.	mele.	Afirmar loare algo—re-	
Acotillar—cland.	Adjivnar—libustau, du-	Advertido estar—inaru-	cale.	
Acotumbarlo—adu	gala.	melecan, dnamtu unien.	Afijir—vaquidamala,	
huima.	Adiuvno—llina, dugul.	Ajutar—prawyeyran.	confantala.	
Acrecentar—aldala.	Adiustar—ganciregh-	Adulterar—damentan:	Afijirle, tener ven a-	
Acrecentarlo—aldacan.	tan, ghodten, o genca-	la inge—huampan.	cidam, raquidam.	
Acredecir—gen ubum:	Administrar—gamen, nos.	Alamado sea—ghuyugen.	Afizar—caltela, naitau.	
ferlo—gen ubum gen.	Admirarlo—thapacen.	Alamado estar—mu co-	Alojar—caliten, lla-	
Achillar—gulen.	Amicir—thaglon, o llau.	dagen, mu cidalen.	chu.	
Acudir a alg.—mlepan:	Adob—tica, o thica.	Ale quo—nal.	Alocho—amchi, v. pinu.	
con alg—rayama.	Adonde, donde—che,	Aleza—caylucunon.	Afrentar—yuche an.	
Acular—muman, tacun.	clan u o.	Alcho tener come puen,	Alocha—huccun.	

Andrés Febrés, *Arte de la lengua general del Reyno de Chile*, Lima, 1765. Sala del Tesoro, BNMM.

194 Doctrina Christiana.

Leguas Chileas por el Padre Juan Ignacio Zarate, el año 1713, trasladándolos primero segun la Ortografia, que ultimamente determinó segun en el Arte, y segun las reglas de él, pero no me ha sido posible, porque siendo élis esta larga, abarcarian con demasiada este Libro, contra la voluntad de los Superiores, y los gastos de la Impresion. Si Dios es servido, ofero imprimir dichos Pensamientos, ó alguna otra cosa semejante en un Librito, ó quadernitos aparte, así para la enseñanza de los Indios, como principalmente para que los Indios tengan con que aprender á leer en su misma Lengua, lo qual libro ya disijé en Lima, para imprimirlo mi amabilissima Comisario de el P. Sigismundo Gueli, quando fuere á Chile, y no pudo, por falta de tiempo: quiere Dios darme lo mi, y su santa bendición, para conseguirlo, como lo espero.

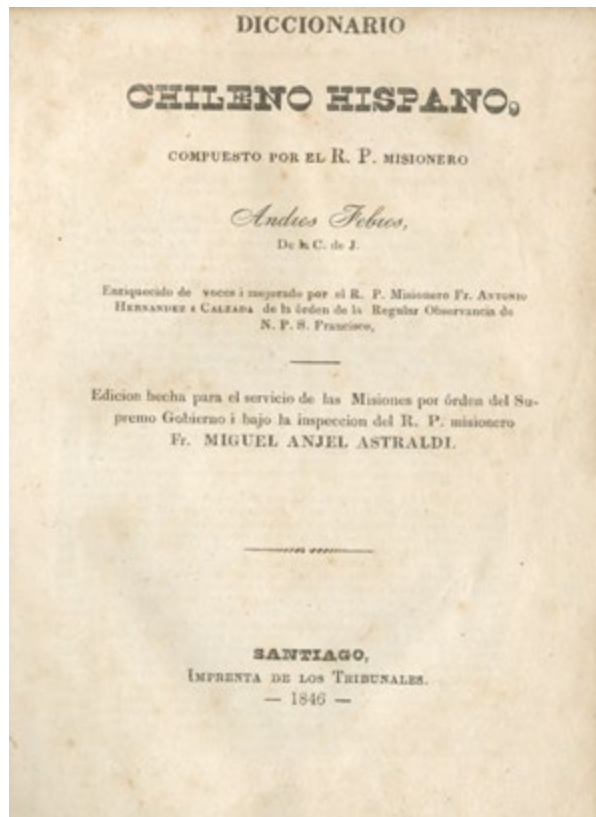
PARTE TERCERA.

VOCABULARIO HISPANO-CHILENO.

Advertencias.

440 ESTE Vocabulario tiene mucha dependencia del Calepino Latino-Hispano, que empieza desde el n. 347, del qual ha sido sacado mas o menos todas las palabras del Calepino, estan en el Vocabulario, ni tanto en todas las de éste estan en aquel: segun se hallarian aquí muchos vocablos compuestos de dos verbos simples, ó de participios, ó de verbos, y nombres, y en el Calepino solo se hallaria el verbo simple, ó el nombre radical, ó la partícula: si no porque las mas de las palabras latinas del Vocabulario se hallarian explicadas en el Calepino con mas claridad, ó mas distintamente: lo qual omiti en el Vocabulario por evitar la prolixidad, y no ser menester.

441 Por esto convendrá, que los principales, después de haber una palabra Indica en éste Vocabulario, la vez en el Calepino, para entender mas de su proprio significado: lo qual sera mas preciso, quando en el Vocabulario preceda un verbo á la palabra Indica, v.g. *Preterisse*, v. *Peplim*, pues entonces quiere decir: ó que corresponde á la Castellana con-
Q q



Andrés Febrés, *Diccionario chileno hispano*, Santiago, Imprenta de los Tribulanes, 1846. Sala del Tesoro, BNMM.



Diccionario | chileno hispano, | compuesto por el R.P. Misionero |
 Andres Febrés, | de la C. de J. | Enmendado de nuevo y mejorado por el R.P.
 Misionero Fr. Antonio | Hernandez y Cabrada de la orden de la Regular
 Observancia de | N. P. S. Francisco, — Edición hecha para el servicio
 de las misiones por orden del su|premo Gobierno y bajo la inspección
 del R. P. misionero | Fr. Miguel Anjel Astaldi. (Santiago), im-
 prenta de los Tribunales. — 1846 — (108 pag. en 8º imp. en 2 columnas)

Gramática | de la | lengua chilena, | escrita por el Reverendo padre
 Misionero | Andres Febrés | de la C. de J. | Adicionada y corregida por el R.P. Fr.
 Antonio Hernandez Cabrada, de | la orden de la Regular Observancia de
 N. P. San Francisco | Edición hecha para el servicio de las misiones por
 orden del su|premo Gobierno i bajo la inspección del R. P. misionero |
 Fr. Miguel Anjel Astaldi. — (Santiago), imprenta de los Tribu-
 nales. — 1846. — (292. 29-11 in 4º. imp. en 2 columnas.)

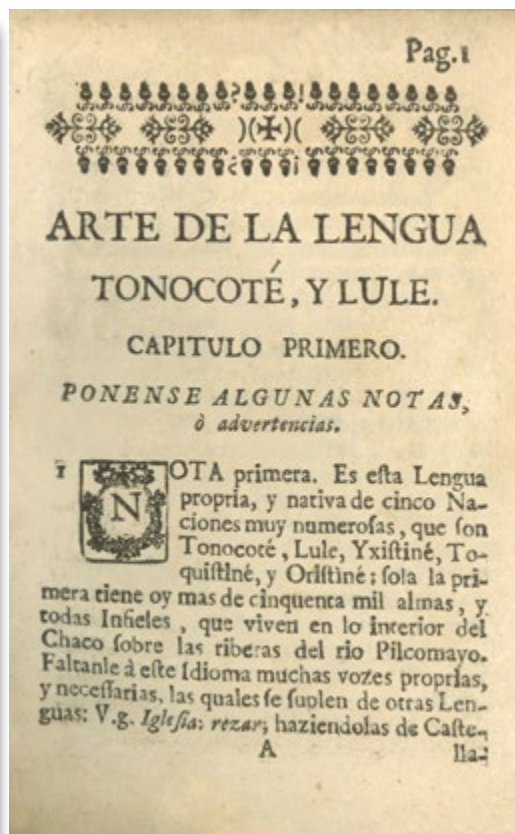
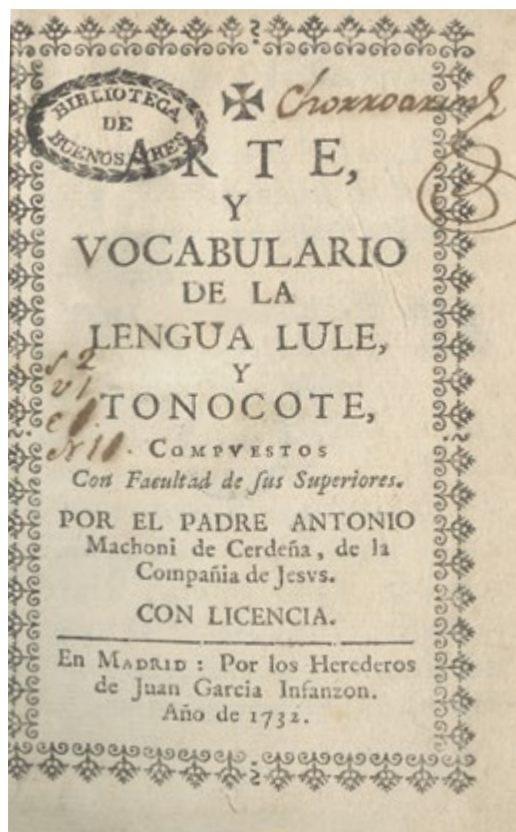
(10) Las 29 pag. finales contienen un "Breve diccionario de algunas
 palabras mas usuales." Las dos pag. numeradas en caracteres
 romanos están dedicadas al "Índice de la Costumbre en
 este libro")





También en Cerdeña nació en 1671 otro jesuita ilustre, el padre Antonio Machoni, autor de *Arte y vocabulario de la lengua lule y tonocoté*, quien también escribió *Las siete estrellas de las manos de Jesús, donde historia a los jesuitas sardos*. Machoni, que había estudiado Filosofía y Teología en Cagliari, se ordenó en 1701 en Córdoba, adonde había arribado a fines de 1698. Allí enseñó en el Colegio Máximo hasta que pasó a misionar en el territorio de la actual provincia de Salta a partir de 1711, cuando se integró a la misión de San Juan Bautista de Balbuena. Fue allí donde adquirió la lengua de los lules, a la que homologa con el tonocoté. Dicha tesis ha sido puesta en cuestión, pues se considera que los lules eran una etnia diferenciada de los tonocoté, con quienes estaban en contacto y cuya lengua, al igual que el kakán de los diaguitas, practicaban, pero no era su lengua madre. Esas lenguas se han dejado de hablar, aunque distintos pueblos en la actualidad son reconocidos bajo aquellas denominaciones étnicas.

Hacia 1715 el padre Machoni fundó la doctrina de San Esteban de Miraflores, cercana a la anterior. Permaneció en el territorio hasta 1719, año en que comenzó a desarrollar una carrera político-administrativa en distintos cargos, habiendo sido secretario del provincial de la orden, rector del Colegio de Salta, maestro de novicios en Córdoba y rector del Colegio Máximo de la ciudad, llegando a ser procurador de la provincia hacia 1728. Entre 1731 y 1733 permaneció en Italia y España, donde dio a imprenta los dos libros antes mencionados. De regreso al país publicó en Córdoba la *Descripción corográfica del gran Chaco*, y *Día virgino y sábado mariano*, en 1733. Falleció en dicha ciudad en 1753.



Antonio Machoni, *Arte y vocabulario de la lengua lule y tonocoté*, Madrid, Herederos de Juan García Infanzón, 1732. Sala del Tesoro, BNMM.



La obra lingüística, histórica y cartográfica de Machoni está en estrecha relación con la de su amigo y colaborador, el gran historiador Pedro Lozano, fuente fundamental para los estudios etnohistóricos así como clave en la historia jesuítica en el Cono Sur. La filología ha mostrado la escritura a dos manos de algunos trabajos, como el mapa incluido en la *Descripción chorographica del Chaco gualamba* de Lozano, que fue confeccionado por Machoni, e incluso hay múltiples

citas transliteradas en las obras de ambos, que constituyen un corpus formidable para la consideración de los primeros siglos de la colonia. El ejemplar que atesora la Biblioteca Nacional de Arte y *vocabulario de la lengua lule y tonocoté compuestos con facultad de sus superiores por el padre Antonio Machoni de Cerdeña* (Madrid, Herederos de Juan García Infanzón, 1732) fue donado por Luis José Chorroarín en 1810; pertenece a la colección de obras fundacionales de la institución.

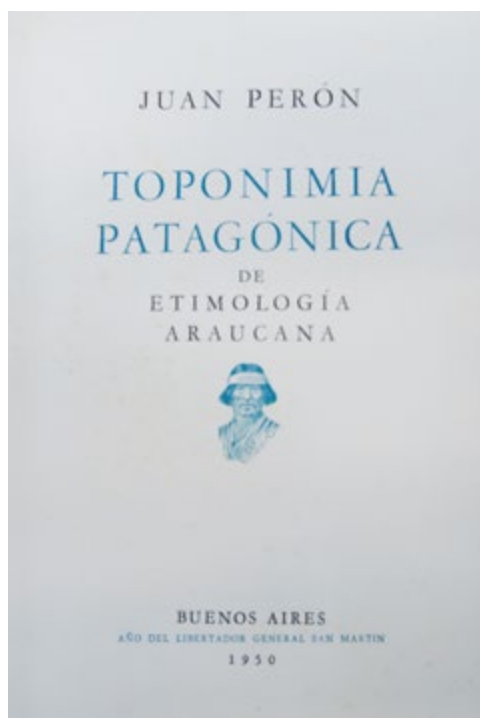
62	E. ante S.	Imperat.	E. ante S.	Imperat.
<i>Esfiger con las manos.</i>	Niclapé,	Niclapé.	<i>Espinilla.</i>	Ycepé.
<i>esconder.</i>	Niclaté,	Niclaté.	<i>espirar.</i>	Suhuctung,
<i>esconderse.</i>	Yapiaté,	Yapiaté.	<i>espirar.</i>	Aplitig,
<i>escribir.</i>	Saicé,	Saicé.	<i>espeja cosa.</i>	Litip.
<i>escuchar.</i>	Cufyepitug,	Cufyepitug.	<i>esponjarfa.</i>	Aquilé,
<i>escupir.</i>	Onelcé,	Onelcé.	<i>espujar.</i>	Apóc,
<i>escudilla.</i>	Zala ciny.	Quicé.	<i>espuja.</i>	Acocip.
	<i>antepone la letra A. si de metal. Ty.</i>		<i>espuja hacer.</i>	Acócé,
<i>escuridad.</i>	Vouyoho.		<i>espujar la olla.</i>	Tactuocté,
<i>escur.</i>	Vouyohop.		<i>espujadera.</i>	Tactuocté.
<i>escurrecer.</i>	Vouyohoc,	Vouyohoc.	<i>esquina de pared.</i>	Astis.
<i>escurrir.</i>	Yéuc,	Yéuc,	<i>esquina de palo.</i>	Elit.
<i>escurrirse.</i>	Yayec,	Yayec.	<i>esquina.</i>	Scus.
<i>esforzado.</i>	Suhup.		<i>esta.</i>	Mimá.
<i>espada.</i>	Cilacé,		<i>este.</i>	Titá.
<i>espantar.</i>	Neculucé,	Neculucé.	<i>este día.</i>	Ynité,
<i>espantarse d admirarse.</i>	Los ecducé,	Loce ec-	<i>estaca.</i>	E tacuy.
<i>espantarse.</i>	Sluc,	Slucy.	<i>estar preñada.</i>	Hamié,
<i>espantarse temiendo.</i>	Los Euficé,	Loce Euficé.	<i>estar bueno.</i>	Eci.
<i>español ó europeo.</i>	Caó.		<i>estazo.</i>	Tky.
<i>esparcir con las manos.</i>	Niquicé,	Niquicé.	<i>estanco.</i>	Acocé,
<i>espeja.</i>	Nep.		<i>estar en pie.</i>	Quicé,
<i>espejar.</i>	Nepicé,	Nepicé.	<i>estéril muger.</i>	Cué cópé,
<i>espejo.</i>	Lop epé.		<i>estéril año.</i>	Vocho cópé,
<i>esquina.</i>	Eles.		<i>estercor.</i>	Hecé,
<i>espinazo.</i>	Tuquialsep.		<i>estercor.</i>	Hé.

Antonio Machoni, *Arte y vocabulario de la lengua lule y tonocoté*, Madrid, Herederos de Juan García Infanzón, 1732. Sala del Tesoro, BNMM.



Pedro Lozano, *Descripción chorographica del terreno, ríos, árboles y animales de las dilatadísimas provincias del Gran Chaco, Córdoba, Colegio de la Asunción, 1733.*
Sala del Tesoro, BNMM.

Mapa de Antonio Machoni, incluido en *Descripción chorográfica del Gran Chaco Gualamba* de Pedro Lozano, 1733.
Sala del Tesoro, BNMM.



Juan Perón, *Toponimia patagónica de etimología araucana*, Buenos Aires, 1950. Sala del Tesoro, BNMM.



En el acervo de la Sala del Tesoro se preserva un ejemplar de notable manufactura. Encuadernado con tejido de poncho pampa, con el texto rubricado y letra capital, miniaturizada en oro y en relieve según fórmula de los iluminadores del siglo XV, fue destinado al autor de la obra: el entonces presidente de la Nación Juan Domingo Perón y a su esposa Eva Duarte de Perón. Se trata de la *Toponimia patagónica de etimología araucana*, edición de 1950, ilustrada especialmente por el acuarelista Eleodoro Marengo —uno de los máximos ilustradores de temática gauchesca e indígena del período—, con siete originales documentales y viñetas decorativas.

En 1955, el gobierno de facto que había derrocado al gobierno constitucional elegido una década antes, dispuso el embargo de bienes del ex presidente Juan Domingo Perón y su esposa, Eva Duarte. Entre esos bienes figuraba el ejemplar de lujo de la *Toponimia patagónica* que ingresó a la Sala del Tesoro de la Biblioteca Nacional, durante la dirección de Jorge Luis Borges, a raíz de la incautación operada por el decreto 8124 de 1957.

Se trata de un trabajo del joven capitán Perón, que había revistado como explorador de montaña en la zona del por entonces Territorio Nacional de Neuquén durante 1934. En esa situación el futuro presidente se encontró con que la lengua usual norpatagónica en las zonas más alejadas de los centros urbanos era aún el mapuzungun, hablado por los mapuche hijos de los derrotados por Julio A. Roca medio siglo antes, quienes se encontraban en pleno proceso de transculturación. De aquella experiencia neuquina surgirán varios textos: la *Memoria geográfica sintética del Territorio Nacional del Neuquén*, un ensayo sobre las operaciones militares de la Conquista del Desierto —anexo del trabajo anterior—, y la *Toponimia patagónica de etimología araucana*. Este trabajo —que excede am-



Juan Perón, *Toponimia patagónica de etimología araucana*,
Buenos Aires, 1950. Sala del Tesoro, BNMM.

pliamente la toponimia, pues se trata más bien de un léxico etimológico— verá la luz en el *Almanaque de la agricultura* en dos ediciones sucesivas de 1935 y 1936. Su estudio de las sendas campañas de exterminio ordenadas por Rosas y Roca muestra la posición paradójica en términos ideológicos e historiográficos que atravesaría al futuro jefe del movimiento nacional y popular más persistente de América. Perón continúa la línea ideológica de justificación del exterminio, sin el menor matiz, que practicaron Mitre, Sarmiento y Roca, cuyos nombres

impondrá a los ferrocarriles nacionalizados en 1948. Baste señalar que, en las conclusiones del texto, tras apuntar la “desmoralización y el pánico” que el ejército “debía” llevar al campo indígena para efectuar su “limpieza”, termina con la frase: “Los 5500 hombres que formaron dicha expedición fueron verdaderos titanes”. Sin embargo, la *Toponimia* muestra otras vetas de sus preocupaciones.

Establecido en Chile en 1936 como agregado militar de la embajada argentina, Perón se sumergió en investigaciones en la Biblioteca Nacional sobre la



historia y la cultura mapuche. Allí leyó atentamente las obras contemporáneas de Tomás Guevara y Ricardo Latcham, dos de los investigadores más exhaustivos sobre el tema, así como frecuentó a los cronistas —desde Diego de Rosales y Bascuñán a las compilaciones de Toribio Medina— con evidente interés. Fue tan grande su pasión por la cuestión mapuche y hasta tal punto reconocida su pericia, que el insigne historiador Ricardo Levene, que había sido su profesor en el Colegio Militar, lo convocó para que escribiera la parte relativa a la historia de las etnias patagónicas en la monumental historia argentina que coordinaba. Tarea que, debido a los acontecimientos que lo llevaron a la presidencia, Perón no pudo realizar.

En ese contexto se produjo en 1948 la reimpresión de la *Toponimia patagónica* por cuenta de la Biblioteca Nacional, dirigida por Gustavo Martínez Zuviría, conocido por sus novelas antisemitas escritas bajo el seudónimo de Hugo Wast, quien también practicó cierto indigenismo en su *Tierra de jaguares* (1953).

El texto forma parte, pues, de las operaciones de interpelación a la difusa indianidad posible dentro del peronismo clásico. Entre la piedad paternalista y el temor a la provocación del sujeto indígena colectivo, el marco ideológico del peronismo, inficionado de catolicismo social nacionalista y liberalismo modernizante y homogeneizador, marcó como política practicable su traducción a campesino o, más predominantemente, a obrero fabril urbanizado.

El “cabecita negra” será la versión aceptable del hijo del país, negado en su identidad indígena pero sujeto de derechos sociales hasta entonces impensados, así como potente motor del proceso transformador en marcha. De ese modo, los descendientes de los derrotados por Roca serán la columna vertebral del movimiento peronista durante el siguiente medio siglo. Pero eso sucederá con la condición



Indio "Bombero", ilustración de Eleodoro Marengo, incluida en la *Toponimia patagónica de etimología araucana*, de Juan Perón. Sala del Tesoro, BNMM.



de sumir la indianidad en el discurso obrerista y mediante la adscripción identitaria amalgamante —nacional y social— propia del peronismo. De todos modos, el indigenismo se había abierto camino en las consideraciones del gobierno. La reforma constitucional de 1949 equiparó al aborigen con el resto de los ciudadanos en cuanto a reconocimiento de derechos cívicos; el Segundo Plan Quinquenal, asoció la gesta obrera y popular con las luchas históricas de Túpac Amaru.

Para aquilatar la posición de Perón con respecto a la lengua mapuche —y, más en general, ante la cuestión indígena— es preciso remitirse a sus propios orígenes. El Dr. Hipólito Barreiro, en su *Juancito*



Sosa ha mostrado que la madre de Perón era hija de madre tehuelche —aunque el propio Perón refiere que su abuela había sido cautiva— y padre santiagueño de habla quichua. Y que en su infancia patagónica en Chaok-Aike, a 80 km de Río Gallegos, tenía cierto grado de comprensión del tehuelche, ya araucanizado desde hacía más de un siglo, puesto que era la lengua usual de los peones.

El historiador José Marcilese observa que, si bien el tratamiento que el primer peronismo hizo de la cuestión indígena se inscribió en la tendencia indigenista asimilacionista que rigió las políticas públicas del Estado argentino desde comienzos del siglo XX, también presentó algunos rasgos diferenciados que revelan un modelo superador. En primer término, porque rompió con la relación lógica presente en el discurso oficial existente hasta entonces que suponía a las características culturales de las comunidades como el origen de



El cacique Cahul-Vual "Pato Azul", ilustración de Eleodoro Marengo, incluida en la *Toponimia patagónica de etimología araucana*, de Juan Perón. Sala del Tesoro, BNMM.



su situación de pobreza y marginación. Debido a que, por primera vez, al menos desde el plano discursivo, se revalorizaron los rasgos culturales de los pueblos originarios como una parte significativa de la cultura argentina. Al mismo tiempo esta vinculación resultó fundamental para desarticular la relación lógica que por décadas había supuesto que los rasgos culturales de los pueblos originarios constituían un obstáculo a la unidad y el progreso de la nación en su conjunto.

En ese marco, en 1950 fue reeditada la *Toponimia patagónica de etimología araucana* dentro de la colección Archivos Ethnos, y al poco tiempo fue reimpresa por el Ministerio de Educación y Cultura de la Nación, con ilustraciones de Eleodoro Marengo —la edición que consideramos—. Dotada de un prólogo de José Imbelloni, el mayor antropólogo de la época —y acaso de la historia de la disciplina en nuestro país— la edición fue cuidadosamente corregida, según el prologoista, en diálogo con el primer mandatario.

El presente glosario etimológico es —afirma— superior a los que lo han precedido. De ellos, naturalmente, toma los materiales más nobles y seguros, y los preserva para investigaciones futuras [...]. Allí, en la Patagonia, el autor auscultó diariamente la pronunciación de los hablantes nativos y registró el significado de cada palabra o frase, solicitando a los muchos indígenas que frecuentaban su propia casa las informaciones más directas sobre costumbres y modismos [...]. En cuestiones relativas al examen crítico, y particularmente el autocrítico, el autor ha mostrado saber realizarlo oportunamente y con ejemplar severidad. A la distancia de quince años, muchas opiniones e hipótesis se han presentado insostenibles, y no ha titubeado en eliminarlas con un rápido trazo de pluma.

Sinceridad y modestia —concluye Imbelloni— el general Perón se da perfecta cuenta de la relativa inse-



guridad de muchas derivaciones que hoy nos parecen aceptables e incluso sólidas. Bien sabe igualmente que la práctica del etimologista no resuelve mínimamente los más graves problemas de la glotología moderna, los cuales están reservados al especialista morfólogo, al lexicólogo y al gramático. Su intención ha sido, en definitiva, brindar una recopilación manuable y honrada de la toponimia patagónica y ella ha de prestar sin duda buenos servicios informativos y comparativos a oficiales, maestros, profesionales, y demás personas cultas que habitan las regiones del Sur o se interesan por su promisorio progreso actual.

El libro mereció la acusación de plagio, más que discutible, por parte de sus contradictores políticos, dado que en la confección de su texto Perón procede como





India montada en el carguero, ilustración de Eleodoro Marengo, incluida en la *Toponimia patagónica de etimología araucana*, de Juan Perón. Sala del Tesoro, BNMM.

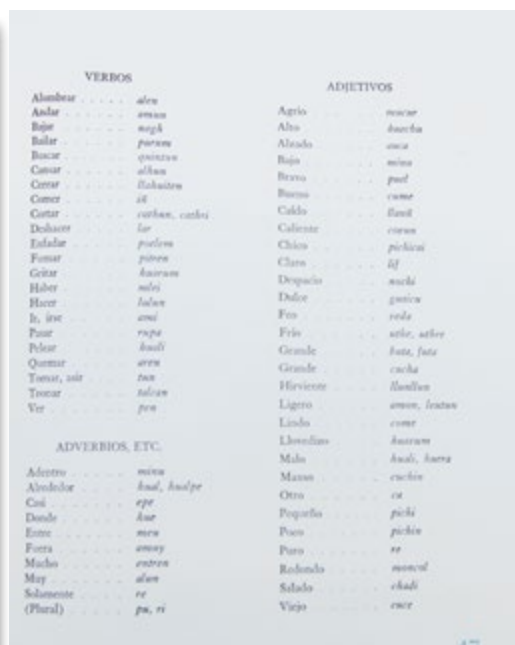


cualquier autor de diccionarios: recoge definiciones previas, de diversas fuentes —incluidos léxicos, frasarios, gramáticas, glosarios y testimonios de viajeros, exploradores, cronistas, geógrafos, etc.— a los cuales agrega datos de su propia experiencia, y las organiza. Además, en la bibliografía incluida desde la primera edición declara haberse basado en *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla, en los tres libros, entre ficcionales e históricos, de Estanislao Zeballos: *Painé, Calfucurá y Relmú* —que son recreaciones a partir del archivo capturado a Namuncurá—, del libro *Neuquén* de Félix San Martín y del *Frasario araucano* del padre Milanesio. Luego, aclara, se ha nutrido de “numerosos escritos que se refieren al asunto”, en probable alusión a sus investigaciones en la Biblioteca Nacional de Chile, y agrega una acotación que ha sido pasada por alto por sus críticos más acerbos: “Ampliado y corregido en el terreno, por consultas a entendidos y aborígenes”. Con lo cual hace explícito el carácter de obra compuesta sobre la base de textos preexistentes y experiencias personales.

La discusión sobre el plagio en diccionarios de lengua mapuche data del siglo XX y ha tenido varios capítulos: Milcíades Vignati escribió un folleto contra Federico Barbará, y el propio Milanesio ha sido acusado de plagiar a Febrés, al igual que Rosas, que redactó varios glosarios. En ninguno de estos casos se abrió la discusión del género diccionario como tal, de su régimen de citas y apropiaciones, que supone el trabajo intertextual con las obras preexistentes. Una somera consulta a cualquiera de los diccionarios canónicos, de Febrés y Havestadt a Moesbach, muestra fácilmente lo absurdo de dicha consideración. De hecho, se podría decir que cualquier diccionario es un plagio asumido, que no requiere siquiera ser declarado.



El cacique Huircán, ilustración de Eleodoro Marengo, incluida en la *Toponimia patagónica de etimología araucana* de Juan Perón. Sala del Tesoro, BNMM.



Juan Perón, *Toponimia patagónica de etimología araucana*, Buenos Aires, 1950. Sala del Tesoro, BNMM.

Esta situación indica a las claras que las definiciones que Perón cita textualmente están insertas en su texto por haber sido corroboradas en la práctica, o al menos por haber sido verificadas en las consultas efectuadas a Félix San Martín o a paisanos de la zona durante sus exploraciones. Al igual que lo que sucedió con Rosas, la no siempre atendible

animadversión de sus contradictores los ha llevado a ni siquiera cotejar estos textos o a adjudicarle pretensiones de exhaustividad y originalidad que nunca tuvieron. Es cierto que Perón comete algunos errores, así como propone una aberración, como es la de adjudicar al toponímico Trelew ascendencia mapuche. Pero ello no quita que en su conjunto el texto cum-



Indio boleador, ilustración de Eleodoro Marengo, incluida en la *Toponimia patagónica de etimología araucana* de Juan Perón. Sala del Tesoro, BNMM.

pla con su —acotado— cometido: servir de guía de campo a quienes, militares, maestros o colonos, se adentraren en el territorio mapuche, además de ser un interesante registro de la situación de la lengua en las nuevas coordenadas históricas. Y, por supuesto, un indicio de la consideración de un jefe de Estado sobre la lengua y la cultura de los pueblos originarios.

El libro conoció dos ediciones más y múltiples traducciones y reimpressiones. La de 1975, realizada por el Fondo Nacional de las Artes, orlada con aguafuertes de Remo Bianchedi, fue nuevamente corregida en forma notoria, aunque, naturalmente, sin la supervisión del autor. Un cuarto de siglo más tarde la editorial El Calafate propuso una nueva edición basada en aquella.

Presidente de la Nación

Alberto Fernández

Vicepresidenta

Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de cultura

Tristán Bauer

Director de la Biblioteca Nacional

Juan Sasturain

Subdirectora de la Biblioteca Nacional

Elsa Rapetti

Director Nacional de Coordinación Bibliotecológica

Pablo García

Director Nacional de Coordinación Cultural

Guillermo David

Director General de Coordinación Administrativa

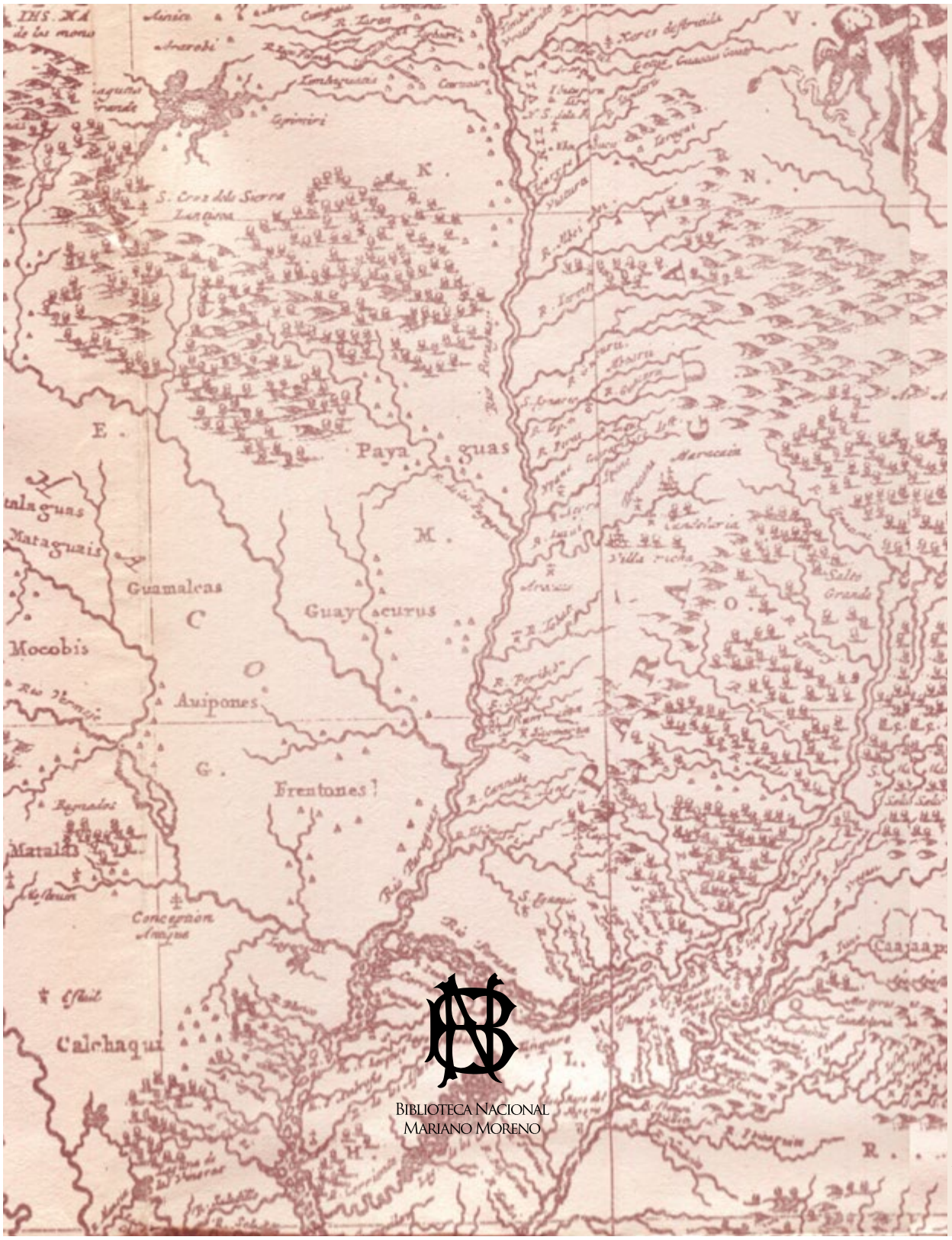
Roberto Arno

Directora del Museo del libro y de la lengua Horacio González

María Moreno

Coordinación de muestra: Diego Antico y Carina Carriqueo. **Investigación y textos:** Guillermo David y Diego Antico. **Digitalización:** Horacio Nieva. **Diseño:** Ximena Escudero y Magdalena Romero. **Montaje:** Valeria Agüero y Ezequiel Gallarini. **Producción:** Martín Blanco, Pamela Miceli, Karina Lorenzo, Fernanda González. **Edición:** Departamento de Publicaciones.

Áreas de la Biblioteca Nacional que intervinieron en la muestra y en el catálogo: Dirección Nacional de Coordinación Cultural, Dirección de Producción de Bienes y Servicios Culturales, Dirección de Asuntos Jurídicos, Departamento de Diseño Gráfico, Departamento de Publicaciones, Departamento de Exposiciones y Visitas Guiadas, Departamento de Infraestructura y Servicios, Departamento de Tesoro, Departamento Libros, Departamento de Preservación. Departamento de Relaciones Públicas, Departamento de Sonido e Iluminación, Centro de Estudios sobre Pueblos Originarios, Coordinación de Prensa y Comunicación.



BIBLIOTECA NACIONAL
MARIANO MORENO